

Discurso de orden día del médico 10 de marzo de 2009

Dr. Dionisio Zerpa Díaz

Ante todo es obligante deber agradecer al Dr. Alexis Torres, distinguido Presidente del Colegio de Médicos del Estado Mérida y al resto de su Junta Directiva, por la benevolencia que han tenido de permitirme acceder a esta tribuna de la dignidad Médica Merideña.

Nos hemos reunido esta noche para conmemorar los 223 años del natalicio del sabio José María Vargas, quien emulando el lenguaje galleguiano pudiéramos considerarlo el Santos Luzardo de la tercera década del siglo XIX venezolano, en quijotesca lucha contra la barbarie y el atraso. Fecha natal que muy sabiamente fue escogida por la Federación Médica Venezolana en 1955 para bautizar y glorificar el Día del Médico.

Pero también en esta noche celebraremos jubilosos el Sexagésimo Quinto aniversario de la culminación victoriosa de un sueño hecho realidad. En efecto, el 4 de marzo de 1944 un grupo de distinguidos médicos merideños con pensamiento inquieto, juvenil y renovado, ponían punto final a una serie de eventos y reuniones que previamente habían tenido, para fundar lo que sería nuestra querida organización gremial. Lo hacían sobre la base de la sociedad Médica del Hospital y en rica simbiosis con la Universidad de Los Andes, farol y guía que antes y ahora alumbraba el camino promisorio de un devenir fecundo y pródigo. Ambos acontecimientos signan el sendero por el cual se ha conducido el colegio de médicos del Estado Mérida a lo largo de su exitosa existencia y sin duda alguna habrán

de marcar el comportamiento a seguir en las horas menguadas del presente venezolano comprometido y difícil. Tan comprometido y difícil que nos obliga de nuevo a vislumbrar con inquieta visión retrospectiva el transitor prodigioso del sabio que se atrevió a pensar en grande y retó con renovados bríos la incompreensión y la barbarie.

Corría el año 1808 y de la Universidad de Caracas, pueblerina y atrasada, egresaba como médico quien habría posteriormente el gran reformador de esa misma Universidad. Después de una breve estadía en Cumaná, regresa a su ciudad natal, donde lo sorprende los fatídicos sucesos que estremecieron su suelo y donde hubo de aplicar los rudimentarios pero salvadores conocimientos adquiridos. Cae la Primera República y como pago a su heroísmo patrio es recluido en las Mazmorras de la Guaira donde estará hasta 1813.

Ambos acontecimientos marcarán su futuro inmediato pues habrá desaparecer de la escena venezolana durante muchos años. Esta circunstancia ha sido aprovechada por sus retractores para incriminarle falta de solidaridad para con la patria durante el largo y penoso proceso de la Guerra de Independencia. No obstante, pensamos que tal asunto no debe considerarse solo bajo los cánones de una simple valoración subjetiva y que deben existir motivaciones más profundas y pertinentes.

Aún a riesgo de parecer una defensa benevolente innecesaria, consideramos que lo acontecido antes de su partida, pudiera ser explicación suficiente que justificara el cruzar el gran océano para aposentarse en tierras londinenses. En efecto, las largas noches de encierro involuntario en las celdas húmedas que le toco por cárcel en La Guaira de sus sueños y sus ancestros, han debido removerle con furia apasionada las fibras íntimas de su interior joven e inquieto y reclamarle con descarnado acento la pobreza y carencias de una educación incipiente y mediocre y a la que sólo una pequeña parte de la población tenía derecho.

Este trauma interior en una personalidad modelada para la exigencia y el éxito, seguramente le señaló la necesidad de diversificar caminos para la búsqueda de nuevos horizontes en otras latitudes. Esta afirmación pudiera estar sustentada en párrafos de una carta que le dirigiera su hermano Miguel en 1821 donde expresa, cito: "Por lo que hace a mis proyectos, éstos no variarían de lo que fueron en el año 1813, en que fui a Europa, esto es adquirir algunas luces que perfeccionen mi profesión para ser útil a cualquier país de América, ya siguiendo mi práctica, ya planteando un sistema de enseñanzas", fin de la cita.

Así pues tenemos el futuro maestro, encaminando sus pasos de peregrino buscando saberes en tierras del viejo continente para arribar a la Universidad de Edimburgo, uno de los más extraordinarios centros de cultura médica de aquel momento, y donde habrá de adquirir sus conocimientos de la mano de los más destacados catedráticos en aquella prestigiosa Universidad. Con ellos comparte inquietudes de estudiante voraz, ávido de saber todo lo que el momento ofrece en Anatomía, Cirugía y Artes Médicas en general, recibiendo elogios por su interés y pasión en el estudio.

En Inglaterra se recibe como miembro del Real Colegio de Cirujanos de Londres y luego regresa a tierras americanas. Primero a Puerto Rico donde imparte clases de Anatomía y luego a Caracas donde inicialmente da

clases de Anatomía en su misma casa y en 1828 del brazo de Bolívar, es nombrado Rector de la Universidad Central de Venezuela, para lo cual habrán de modificarse sus estatutos que prohibía a los médicos ejercer tan destacado cargo.

Es en esta etapa cuando se hace más prolífica su polifacética labor educativa. Pone en práctica los conocimientos adquiridos en el campo de la Anatomía cuya enseñanza práctica y aplicada constituyen avances significativos que lo colocan como fundador en Venezuela de los estudios de ésta disciplina. Escribe profusamente y dibuja láminas de calidad científica y artística impresionantes que deja como legado a las generaciones futuras. Reforma programas e incorpora asignaturas y va delineando lo que será en definitiva la nueva escuela que daba paso a la Facultad de Medicina que reemplazaba al viejo Proto-Medicato.

Dio principio a la Facultad de Farmacia y establece modificaciones novedosas en el campo humanístico, del Derecho, la Teología y las Ciencias Económicas.

Democratiza la Universidad al permitir el ingreso de estudiantes de modesta condición social y establece rígidas normas de austeridad y decoro en el funcionamiento de la Universidad. No deja de ejercer con abnegación su labor de médico cirujano e inicia los estudios de la Oftalmología y de la Odontología en Venezuela y del viejo Título de Cirujano Barbero y Cirujano Romancista se pasa a la toga y el birrete académico de Doctor en Medicina y Cirugía.

Su labor docente se prolonga más allá de la Universidad. Crea escuelas de labores y academias con cursos para obreros, campesinos y soldados y fue el fundador de la Biblioteca de la Universidad Central de Venezuela.

Como funcionario ejerce por muchos años la Dirección General de Educación, impartiendo conocimientos, ideas y reglamentos.

Pero al lado de esta labor docente sin duda encomiable, es en el campo civilista donde se forjan con temple de acero su personalidad prístina e incorruptible.

Ya en 1827 cuando las discordias políticas amenazaban el sueño hermoso de Colombia la Grande, a la llegada del Libertador se encuentra entre los representantes de la Universidad que le rinden homenaje y cuando en esa época las pasiones desatadas trataron de inyectar sombras sobre la figura de Bolívar, Vargas lo defiende exaltando su gesta libertaria. El Padre de la Patria consecuente y agradecido le nombra Albacea Testamentario.

Superándose en todas sus actuaciones, cultiva ideas y principios que refuerzan su prestigio y que le permiten llegar a la Presidencia de la República, a donde accede el 9 de febrero de 1835. Allí demuestra sus dotes de estadista y de patriota. Pero las pasiones desbordadas, la incompreensión del momento y la ambición de unos pocos, hacen nugatorios sus deseos de servir y gobernar. Su poca vocación por el poder y su humildad de hombre grande, le impiden competir con éxito con el Carujo bárbaro y mezquino y sus secuaces y en abril de 1836 le es aceptada su renuncia a tan alta magistratura.

De esa actuación honesta y proba nos queda el legado de un pensamiento civilista, amante de la libertad, que engalanan las virtudes que lo acompañaran por el resto de su pródiga existencia. Termina su vida en Nueva York el 13 de julio de 1854 y en los estertores que presagiaban su muerte pudo expresar las siguientes palabras que compendían el pensamiento noble de un ser excepcional, cito: "Al morir comprendí que en medio del furor de las pasiones y los intereses de los partidos, no he perdido un átomo de honor" fin de la cita.

Distinguido Auditorio.

Hemos asistido a la narración del transcurrir de una vida de sueños e ilusiones, en monólogo probablemente extenso pero siempre incompleto, por lo cual

pedimos a ustedes razonables excusas. Pero por ser nuestro Día del Médico y en honor a esa lucha incansable y heroica de Bolívar y Vargas y todos nuestros antepasados que su sangre regaran y su vida ofrendaran, no podemos dejar de hacer nuestras propias reflexiones en esta tribuna de las mejores causas y para tranquilidad de nuestra conciencia.

Que mas que el llamado de nuestras flaquezas y debilidades, quisiera ser más bien el petitorio de aspiraciones y deseos, que cual trisagio cantado en nuestra lejana niñez abrazados a nuestros padres y hermanos, creyentes y humildes, solicitábamos temerosos en los aposentos oscuros de nuestros hogares, resplandecientes momentáneamente ante la presencia de rayos, truenos y centellas, que nuestras inocentes mentes infantiles hacían ver ante la inminencia de acabarse el mundo. Son peticiones sencillas, muy pocas en verdad, pero que son una expresión muy sentida de la cual muy probablemente muchos de ustedes se harán también partícipes.

Pedimos ante todo que como gremio se nos respete y se nos considere; que cese ese lenguaje descalificador y humillante y se valore en su justa dimensión el trabajo abnegado que realizamos en las salas de nuestras emergencias o en los pasillos de nuestros Hospitales.

Que se nos pague el precio justo por nuestra labor, con sueldos aceptables, cancelados a tiempo y no por cuenta gota según el capricho del funcionario de turno.

Que se nos reconozcan nuestras conquistas para llevar una vida digna al lado de nuestra familias. Que se doten los Hospitales con los recursos médicos indispensables para realizar una labor acorde con las expectativas y deseos de la población que acude a nosotros para que cure sus males y reponga sus vidas.

Para que cese la diáspora de nuestros profesionales valiosos que van a curar males en otras latitudes, porque aquí los necesitamos con urgencia.

Para que vuelva la risa a los hijos de galenos de todas las edades, abundosos otrora en los recintos de nuestros Hospitales, hoy lamentablemente vacíos. Que no se nos obligue a glorificar la muerte, pues hemos hecho un juramento sagrado para combatirla. Que vuelva la unión entre los venezolanos, donde nos miremos como hermanos y volvamos a ser un pueblo alegre y noble que se niega a odiar.

Que volvamos a tener futuro para nuestros hijos y nietos en una tierra grande y hermosa donde cabemos todos. Que se acaben las separaciones entre ricos y pobres, patriotas y escuálidos, buenos y malos.

Que nuestras Universidades reciban un presupuesto justo, acorde a los tiempos y necesidades y a la hermosa tarea de capacitar el futuro de la Patria.

Pedimos que a nuestra patria chica no la sigan maltratando tanto. Que a la Mérida de nuestros recuerdos la quieran nuevamente como entonces. Que le sequen su frente y le enjuaguen sus lágrimas. Que detengan la destrucción de sus montañas, que se cubren de lunares dantescos que extinguen su verdor y le secan sus riachuelos, para que volvamos a sentir en forma permanente la neblina añorada de estos días cubriendo nuestras calles como antaño.

Pedimos que no se sigan derritiendo las sienas blanquecinas de nuestros picachos, en castigo iracundo por nuestros errores, que hacen que el manto protector de las Cinco Águilas del Canto de Don Tulio, solo sean hoy el recuerdo noble de una leyenda hermosa.

Pedimos que esos ríos que de esa montaña brotan vuelvan a tener la limpidez pura y cristalina que acompañaron el cántico mañanero en los páramos gélidos de la cuitas y de las lagunas.

Que allá en la sierra de Santo Domingo con sus frailejones blanquiamarillo y flores multicolores, renazcan las nacientes de las aguas que incasables bañan en vertiginosa caída riscos y laderas, para luego de saciar la sed de un pueblo bravío, preñar las entrañas de una tierra fértil allá en el más allá del más nunca de la sabana barinesca en la prosa hermosa del gran Maestro Gallegos y finalmente pedimos que aquí en esta parte, bajo la protección benevolente de Murachi y Tibisay, a los cuatro ríos que siguen besando las laderas de la Gran Meseta, se les retire la carga de prutefacción que corroe sus entrañas y allá abajo cuando felices unan sus inquietudes y sus fuerzas, formen un torrente que cual haz de voluntades y haciendo caso omiso a la tentación de incrementar dolores en los malvivientes que allanan sus costados, descendan veloces para germinar la rivera y bajo el resplandor fluorescente del Catatumbo, se precipiten sedientos de lamer las olas del Gran Coquivacoa.

Buenas Noches y Muchas Gracias Señores y Señoras.